

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

La Cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica.

Larissa Lomnitz. y Ana Melnick.

Cita:

Larissa Lomnitz. y Ana Melnick. (1998). *La Cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/27>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/ep7>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica

Larissa Lomnitz*

Entendemos la cultura política como un lenguaje de comportamiento compuesto por la "gramática" (la *langue*) y el "habla" (la *parole*). La gramática es el conjunto de categorías y reglas que representa la continuidad en la cultura, y el habla es su comportamiento lingüístico, el cual es por naturaleza variable. Los cambios que se van dando en una sociedad (tecnológicos, económicos, políticos), deben enfrentarse a su estructura, y el resultado de la adecuación entre las fuerzas conservadoras y las del cambio va constituyendo su historia; los cambios son interpretados y asimilados por la continuidad de la cultura. Los grandes y bruscos cambios en la gramática cultural se dan en momentos cataclísmicos (conquista, guerras, revoluciones). De otra manera, los cambios son lentos; los eventos van actuando sobre la cultura en forma gradual. La gente actúa, absorbe y asimila los cambios a partir de la gramática cultural preexistente. En ello consiste la dinámica de la continuidad y el cambio.

En este contexto, la *cultura política* vendría a ser la gramática de las relaciones de dominación/ subordinación/ cooperación; es decir, la gramática del control social: del poder y su forma de expresarse.

Proponemos definir la cultura política sobre la base de:

- 1) la estructura de las redes sociales que tienen relación con el poder y
- 2) el sistema simbólico que la legitima y retroalimenta.

1) La estructura y función de las redes sociales depende de la dirección en la que se dan los intercambios - redes horizontales y redes verticales -, de lo que se intercambia y de la articulación que se da entre las redes. En toda sociedad se dan intercambios simétricos y asimétricos que van conformando redes horizontales y verticales. Estas redes se van articulando entre sí, conformando el tejido social. El predominio de unas sobre otras y su combinación dan el carácter a la cultura política (por ejemplo, autoritaria vs. igualitarismo).

2) El sistema simbólico, por su parte, refuerza y legitima esa estructura de redes, e incluye manifestaciones tales como el discurso, los rituales políticos, el lenguaje, la arquitectura, los mitos de cosmología política, los emblemas, el uso de tiempos y espacios, et., elementos que a menudo son constitutivos de la ideología nacionalista.

El concepto de cultura política se ha vuelto cada vez más frecuente en estudios recientes que buscan explicar y comprender el Estado-Nación ya que los estudios tradicionales de organización política no proveen una percepción total del sistema y de las bases de su identidad. Vale decir, el ingrediente cultural se va desperfilando cada vez más como elemento dominante.

El concepto e interés por estudiar la cultura política surgió de los dramáticos cambios sociológicos y políticos ocurridos en Europa durante y después de la

*Cif. en: La cultura política y los partidos de centro. Lomnitz, L., Melnick, A. Editorial Fondo de Cultura Económica. Santiago 1998

Segunda Guerra Mundial y la necesidad de explicarlos. En una primera etapa, elementos de tres perspectivas intelectuales (sociológica, sociopsicológica y psicoantropológica) contribuyeron a la evolución cualitativa de su teoría. Posteriormente, el desarrollo de la metodología cuantitativa de la investigación por encuestas, a su turno, contribuyó a que el estudio de la cultura política se convirtiera en una subdisciplina independiente al interior de las ciencias políticas. (Ver Almond y Verba, 1963).

Este desarrollo llevó a que la teoría sobre la cultura política cambiara su énfasis desde los elementos subconscientes - basados en elementos culturales tales como la estructura de la familia, las relaciones entre padres e hijos y entre sexos, los procesos primarios y secundarios de socialización, actitudes frente a la autoridad, etc. -, a la medición de la relación que se da entre actitudes y expectativas del individuo ante la estructura y la efectividad del sistema político (Almond, 1990:138-154)

Según el propio Almond, resumiendo 40 años de trayectoria de la subdisciplina "cultura política", al enorme cantidad de estudios realizados llevaría a un resultado aparentemente "ambiguo": "...por una parte, la cultura política puede cambiar en forma relativamente rápida; por otra parte, parecería capaz de resistir fuertes embates sin cambiar mucho...Sobre las estabilidad y persistencia de la cultura política, los datos que tenemos sugieren que los estados de ánimo políticos tales como la confianza en los actores y en las instituciones políticas, parecen ser muy cambiantes, dependiendo de la efectividad del desempeño de estos líderes, funcionarios y agencias. Las creencias y los valores políticos básicos son más persistentes, aunque también son susceptibles de cambiar. Así, por ejemplo, en Estados Unidos y Gran Bretaña, en los años 60 y 70, la confianza en los líderes y en las élites políticas, económicas y sociales cayó abruptamente, pero no hubo evidencia de un rechazo serio a la legitimidad básica de las instituciones americana y británicas, a pesar del pobre desempeño económico y gubernamental que se experimentó en ambos países" (*ibid.*:149-150).

La conclusión a que lleva este resumen del estado del arte de las ciencias políticas es que las culturas políticas son al mismo tiempo maleables y persistentes, asumiendo los autores esta situación como una ambigüedad problemática. Pero, en realidad, el problema ha sido de deficiencia teórica, originado por el abuso de un sofisticado instrumento de cuantificación y, por ende, en detrimento del recurso a esquemas explicativos profundos.

Reforzando esta argumentación, Dittmer señala que la escuela de pensamiento dominante en este tema es la de reduccionismo psicológico. El reduccionismo psicológico facilitó la introducción de sofisticadas técnicas de encuestas de muestreo para medir empíricamente las actitudes. Reconociendo la utilidad de estas técnicas para demostrar que los patrones culturales no están distribuidos uniformemente en la sociedad y que no todos los miembros de la sociedad tienen igual peso para determinar los patrones culturales dominantes, Dittmer enfatiza que "no debiera permitirse que la sola conveniencia metodológica defina las formulaciones teóricas". Agrega que incluso la ventaja metodológica se esfuma si el científico social investiga culturas que carecen de tradicionales individualistas occidentales (como en el Tercer Mundo) o de tolerancia legal para la realización de encuestas (como en las naciones comunistas y en un creciente número de sistemas autoritarios): "Si la cultura política puede ser reducida a distribuir las actitudes entre una población dada ¿cuál es la necesidad de tener un marco conceptual y una línea de investigación distintivos? Quizás entender una cultura apolítica es como aprender un idioma: para que la distribución frecuencial del uso del vocabulario tenga algún sentido *se requiere una básica comprensión de la estructura gramatical subyacente*" (Dittmer, 1977:554-555). En su contribución a la discusión, Pye concuerda, empleando una metáfora diferente: "la situación es análoga a nuestra capacidad de decir algo sobre el aspecto que tendrá un edificio porque sabemos como son los elementos que se van a emplear en su construcción; pero para representarnos realmente el edificio tenemos que conocer también los planos y el diseño global" (cit. En Dittmer, 1977:555). Es con todo esto en mente que proponemos usar una metodología antropológica de estudio que ofrezca una definición diferente de lo que es una cultura política, así como una metodología que permita estudiarla en sociedades complejas y modernas.

Las redes sociales son construcciones abstractas que el investigador define de acuerdo al criterio que le interesa. Es decir, estas relaciones se determinan por algún criterio subyacente, lo que permite identificar estructuras sociales que generalmente no está formalmente definidas por la sociedad y que de otra manera no serían identificables. Lo que interesa al científico social es la forma en que las relaciones están ordenadas, cómo la conducta de los individuos depende de su ubicación de este ordenamiento y de qué manera influyen los propios individuos en los ordenamientos.

Así, se puede hacer un diagrama de las relaciones en las cuales se dan intercambios de bienes y servicios o de comunicación entre individuos, tales como intercambios de favores burocráticos, de préstamos materiales o de información. Los intercambios pueden ser de tres tipos: a) intercambios recíprocos (entre individuos con recursos y carencias similares que se dan dentro de un contexto de sociabilidad o "confianza"); b) de tipo redistributivo (o patrón/cliente), es decir, entre individuos de diferentes jerarquías con recursos desiguales, siendo éstas típicas relaciones de poder inmersas en relaciones personales y en las cuales se intercambia lealtad por protección; y c) intercambios de mercado, en los que la circulación de bienes y servicios se hace a través del mercado y sus leyes (Polanyi, 1957:234-269). La reciprocidad y la redistribución representan formas de intercambio informales, social y culturalmente normadas, y se remontan a los orígenes de las sociedades humanas. Estas relaciones y sus formas de intercambio varían de cultura en cultura, tanto en la definición de quiénes son los *partners* en el intercambio, como en lo que es susceptible de ser intercambiado y en las formas socialmente aceptadas de hacerlo. Hay, pues, una estructura social al interior de la cual se dan estos intercambios (las redes sociales verticales y horizontales), los objetos de intercambio (materiales y morales) y un sistema simbólico que refuerza la estructura de la red y de la sociedad en que ésta se desenvuelve.

En sociedades complejas el individuo debe manejar los tres tipos de intercambio (reciprocidad, redistribución y mercado); ello implica que participa simultáneamente de los tres tipos de relaciones sociales: una relación de confianza, una de jerarquía y otra de clase. (Ver Lomnitz, 1975, 1987, 1988 y 1991). Así lo económico, lo político y lo sociocultural son tres dominios que se van enhebrando en la vida del individuo y su trama va conformando la realidad macrosocial (Radcliffe-Brown, 1952, y para la relación entre redes verticales y poder, ver Blau, 1964). Cada tipo de intercambio tiene sus reglas que el individuo aprende a manejar y - cuando son contradictorias- a conciliar entre sí para cada situación determinada. Ese proceso es rico en lenguaje simbólico, por lo tanto, la habilidad para manejar símbolos a su vez constituye un recurso.

Los recursos que se intercambian determinan y originan estructuras sociales características. Si tomamos los casos de México y Chile como ejemplos paradigmáticos, observamos en México sectores estructurados verticalmente cruzados por redes

horizontales. El capital y el poder se expresan mediante estructuras visibles que concentran a su alrededor a grupos de individuos que se ordenan jerárquicamente según el nivel de recursos a que tienen acceso. A través de esas jerarquías se van conformando patrones de lealtad, estilos de vida, ideologías y subculturas. A estas estructuras se van integrando redes horizontales de intercambio recíproco que aligeran la presión de las relaciones jerárquicas y le otorgan flexibilidad. Las estructuras o redes que se van conformando a niveles personales tienden a expresarse finalmente en el sistema político nacional; las redes horizontales, si son las dominantes, cristalizarán en partidos políticos de corte horizontal con liderazgos de cierto tipo, y las verticales, a su vez, generarán un tipo diferente de sociedad. Por ejemplo, México es un Estado con un sistema corporativo, vertical, autoritario y muy presidencialista (una sociedad jerárquica afín a una sociedad de castas, en la cual la familia patriarcal, trigeracional, ejerce el control sobre sus miembros); Chile es un país multipartidista, a cuyo interior se dan cohortes o grupos horizontales de amigos (que informalmente ejercen un cierto control entre sus miembros y que van creando las fronteras invisibles que los separan de los demás), con liderazgos condicionados, que producen -si bien un sistema presidencialista fuerte, también basado en una legitimidad casi fanática-, a la vez faccionalismos y un sistema con un parlamento fuerte; el sistema entero depende de negociaciones horizontales permanentes. Es una sociedad informalmente organizada en clases sociales estructuradas horizontalmente. A nuestro juicio, el modelo básico en la constitución de cada sociedad, sería el dado por las instituciones primarias -base de su sociabilidad y del control social- y serían ellas las que darían el carácter a su cultura política; en el caso de México, la familia patriarcal autoritaria y vertical, vs. el grupo de amigos en Chile. Si se trata de un Estado-Nación, sería su grupo socio-cultural dominante el que implantaría su sello sobre las instituciones nacionales.

Nuestros estudios preliminares realizados en la clase media (Lomnitz, 1971), sugieren que en la cultura política chilena existe un predominio de las relaciones horizontales sobre las verticales al interior de las clases sociales y que esto se refleja en sus organizaciones políticas. Es decir, que si bien existe una red generalizada de intercambios recíprocos entre miembros de la misma clase, se van concentrando redes más estrechas que eventualmente dan origen a su formalización en partidos políticos al interior de los cuales se dan intercambios de favores y comunicación,

lealtades y recursos, dependientes del acceso que el partido tenga al poder estatal (Valenzuela, 1977). A su vez, al interior de los partidos y a medida que éstos crecen, se van dando cohortes o redes de amigos generacionales, cuya estructura interna es igualitaria, altamente emocional (generalmente estas redes comienzan a aparecer entre jóvenes adolescentes, en las juventudes de los partidos). Al interior de estas redes igualitarias basadas en la amistad -que por definición se da entre iguales-, van surgiendo los líderes "naturales", una de cuyas características es su necesidad permanente y su capacidad de mantener su legitimidad al interior del grupo. Podríamos decir *que si bien en México el líder crea al grupo, en Chile el grupo elige y crea al líder*. Algunos de estos líderes van trascendiendo la red primaria, entrando a otros niveles jerárquicos dentro del partido, hasta llegar a los liderazgos más altos del mismo, siempre debiendo probarse como líderes y recibir la aceptación de las bases. Cuando esto no sucede, se producen fisuras, el surgimiento de facciones y eventualmente la separación de grupos que conforman nuevos partidos. Como resultado tenemos un *faccionalismo* típico de la cultura política chilena.

El notorio predominio de las relaciones horizontales basadas en la confianza, implicaría la posibilidad de que el acceso al poder se viera facilitado por estructuras más semejantes a redes horizontales que a jerarquías verticales. Sin embargo, ningún sistema social complejo puede prescindir de estas últimas. Los líderes resultan indispensables, y ello plantea para Chile una situación más difícil de resolver que en México, donde la horizontalidad es funcional, complementa y sostiene las jerarquías verticales. En Chile, en cambio, la jerarquía o liderazgo sería un elemento contradictorio con el ideal de horizontalidad y con el crecimiento de los partidos. Estas contradicciones se resuelven -a nivel del grupo- poniendo en juego mecanismos *sui generis* de la cultura política chilena, tales como la mofa burlesca (la "talla") al líder que intenta sobresalir o se muestra poco modesto, o directamente al tirarlo hacia abajo (el "chaqueteo"), el sacarlo de su función con malas artes (el "aserruchamiento de piso"), etc. Al mismo tiempo, se postula la necesidad de que los líderes sean y se muestren modestos, austeros, dedicados al bien común, apegados a la legalidad, y sobre todo, que no abusen del poder. A otro nivel, si un líder llega a consolidar su poder personal al grado de construir su propia jerarquía vertical, el sistema tendería a erosionar su poder, ya sea provocando su derrota en las siguientes elecciones, o por la vía de la separación

de grupos y la fundación de partidos disidentes, dando paso al *faccionalismo*. Cuando estos recursos no han sido efectivos, el sistema ha entrado en crisis, y en ocasiones, han aparecido soluciones autoritarias, que inevitablemente se basan en la coerción física. La naturaleza de la cultura política chilena hace necesario el respeto a la horizontalidad y a la verticalidad aceptada legal y consensualmente.

En México, en cambio, el predominio de la verticalidad tiende a concentrar el poder en los niveles más altos de la sociedad o directamente en el Presidente de la República y a consolidar todas las fuerzas políticas en un solo gran partido, compuesto por sectores muy disímiles que negocian entre sí al interior del mismo. Este autoritarismo tiene base en su cultura política, su estructura de redes y el sistema simbólico que la sostiene, por lo que se puede ejercer sin apoyarse en la fuerza física. A diferencia de México, en Chile el monopolio del poder en un solo partido o individuo, rompería la paz social basada en el sistema multipartidista de negociaciones y alianzas (Miriam Zemelman, comunicación oral, 1991).

Así, si en México la horizontalidad complementa y sostiene las jerarquías verticales, en Chile, de acuerdo a nuestra hipótesis, la jerarquía (o liderazgo) sería un elemento conflicto para el crecimiento de grupos horizontales (los partidos). El resultado de esta dinámica sería el *faccionalismo*, como mecanismo que limita el crecimiento de las estructuras jerárquicas e impide la consolidación de un liderato personalista, excepto el liderazgo legítimo y sujeto a crítica del Presidente de la República. Las facciones resultantes generalmente están integradas por un número pequeño de personas, que representan un grupo de amigos pertenecientes a las capas dirigentes del partido (incluyendo los jóvenes; a menudo este faccionalismo expresa un conflicto generacional). Algunas veces, estas facciones crecen y se separan del tronco hasta convertirse en partidos de significación con un gran número de seguidores; tal es el caso del Partido Radical (desgajado del Partido Liberal) y del Partido Demócrata Cristiano (salido del tronco conservador). Pero en la mayoría de los casos, estas facciones terminan uniéndose o aliándose con otros partidos, o se mantienen en el tiempo sin mayor significación o bien desaparecen. (Ver Moulían y Torres, 1990; Edwards y Frei, 1949; Vial, 1981).

Si bien el faccionalismo cumple un papel funcional al sistema de horizontalidades, impidiendo que los líderes acumulen poder excesivo o que algún partido logre una hegemonía y política que le permita gobernar sin negociar, su exceso conduce a, o es

expresión de, una crisis social y económica. En algunos ejemplos históricos de Chile, el autoritarismo ha surgido de tales situaciones (Ibáñez, Pinochet). Es decir, el exceso de faccionalismo pulveriza el sistema, cuyo equilibrio descansa en la existencia de dos o tres partidos básicos, que encarnen las grandes corrientes en que se divide la sociedad chilena, dependientes de la clase que representan y/o de su postura frente a la religión. Estos partidos, en tanto representantes de una de las grandes corrientes, son los que permanecen -con uno u otro nombre- haciendo que Chile haya partidos de derecha, centro e izquierda, y a la vez, laicos y católicos (Valenzuela, Arturo y Valenzuela Samuel, 1982: 615; Scully, 1995: 136 y *passim*). ¿Cómo se da esta persistencia?

Afirmamos que así como entre grupos étnicos o "minorías" pertenecientes a una misma nación, esta persistencia se da por una combinación de redes sociales compuestas por individuos que ocupan un mismo nicho económico y/o comparten una subcultura común, en el caso del sistema político, los partidos representan conjuntos de redes sociales de individuos que ocupan determinados nichos económicos y sociales, que van desarrollando formas de vida comunes que giran y se consolidan a través de compartir una misma ideología política. Al igual que las etnias o "minorías" constitutivas de una nación, los partidos van creando fronteras simbólicas que los distinguen de los otros, que los hacen sentirse diferentes de los otros: lo que Barth define como *wenness* y que se expresan no solamente en las ideologías políticas, sino también en preferencias de estilos de vida, manera de entretenerse, colegios y universidades adonde se envían a los hijos, ocupaciones, etc. En otras palabras, los partidos políticos representan subculturas características que llegan a garantizar su persistencia.

Es necesario subrayar que el hecho de destacar el predominio en Chile de la horizontalidad sobre la verticalidad no equivale a afirmar que no se trate de una sociedad jerarquizada puesto que los partidos políticos se organizan sobre bases clasistas, quedando sus diferencias de clase perfectamente marcadas en el tejido social del país. De lo que aquí se trata es de un modelo, susceptible de ser aplicado para explicar y comprender la cultura política de una sociedad, su origen y la persistencia de su "gramática".

En México, de la estructura primaria (la gran familia patriarcal) y de las pequeñas redes verticales de patrón/cliente articuladas verticalmente entre sí, se cristaliza un sistema político corporativo y presidencial. En Chile, a partir de las redes

horizontales de grupos de amigos, se van conglomerando los partidos políticos, que dan por resultado una sociedad de clase, jerarquizada, aunque no autoritaria. En Chile lo que vemos a nivel macro es una sociedad horizontalmente organizada, pero estratificada (aunque no impermeable), que parte de las subculturas de que hemos hablado. En suma, la base de estas subculturas es la clase social, pero la clase social definida por una mezcla de variables que incluyen no sólo la posición del individuo en la economía, sino también las redes sociales que la componen, la cuestión religiosa y sus estilos de vida. Todo lo cual es muy notorio -por ejemplo el modo de hablar- y, por lo tanto, resulta muy característico de la sociedad chilena.

Por otra parte, en un sistema como éste, caracterizado por contener fuertes subculturas políticas, es muy importante garantizar la convivencia, lo cual requiere la aceptación de un marco reglamentario común: la legalidad. El respeto a esta legalidad, expresada en la Constitución, es lo que legitima el sistema y la autoridad presidencial. Este aspecto de la cultura chilena ha estado presente desde sus inicios, y es uno de sus rasgos, quizás el más notorio.

Esto, en fin, es lo que llamamos una gramática social o cultura: las categorías sociales, las reglas que se usan y la habilidad que cada cual tiene para comportarse dentro de ellas; la gramática y el habla, las estructuras primarias que resultan de ellas; y las organizaciones políticas en que se cristalizan y a través de las cuales se obtiene acceso y se ejerce el poder, son todos estos aspectos, los que dan su carácter a la cultura nacional. Y por supuesto, en toda sociedad se dan relaciones verticales y horizontales; lo que daría su especificidad a cada una es la mezcla y combinación de ambas, y la importancia relativa de cada tipo de estructura.

En el contexto de estas ideas que hemos emprendido el estudio y análisis de los partidos Radical y Demócrata Cristiano de Chile, en la gestación de los cuales, las redes de amistad, afinidad ideológica y social de carácter horizontal, son más que visibles. Los dos partidos aquí estudiados han dominado durante más de un siglo la vida política chilena. Ambos tienen sus orígenes en la clase media, por lo que la definición que más se ajusta a ellos es negativa: no representan a la clase alta ni a la clase obrera. Para señalar las diferencias entre estos dos partidos, tomamos como variable independiente la dimensión religiosa o ideológica católico-laico y no la de clase. Estamos seguras de que este mismo tratamiento puede hacerse de forma fructífera entre partidos de diferentes clases sociales (por ejemplo, Partido Radical- Partido

Socialista o Democracia Cristiana- Partido Conservador); sin embargo, para el uso del método comparativo, y en vista de que el eje ideológico-religioso atraviesa la política chilena verticalmente, es evidente el beneficio que tiene que usar el mencionado eje para comparar dos partidos que se encuentran dentro del mismo plano horizontal.

Los estudios y análisis de partidos políticos han tenido una larga historia. En su magna obra *Partidos y Sistemas de Partidos*, Sartori hace una revisión de literatura sobre el tema a partir del siglo XVIII, y propone su definición de partido político como "cualquier grupo político identificado por una etiqueta oficial que se presenta a las elecciones, y puede sacar en elecciones (libres o no) candidatos a cargos públicos" (Sartori, 1980:91). Desde la perspectiva del sistema político en su conjunto, los partidos tienen una función "expresiva" y otra de control. La primera es la de transmitir exigencias y presionar por su cumplimiento. Esto implica la existencia de un conjunto de partidos que compiten entre sí de tal forma que los ciudadanos pueden recurrir a otro partido si el de su preferencia no satisface sus expectativas. Sartori considera que donde no hay competencia partidaria, o sólo se da un partido, no se puede hablar de un sistema de partidos, sino de un sistema de partido- Estado. Por otra parte, la competencia entre los partidos por las preferencias de los ciudadanos hace posible que el sistema de partidos mantenga controlado al Estado (Op. Cit., 57-59; 82-83). La contribución más importante de Sartori es la categorización de los sistemas de partidos, la cual se convertiría en punto de partida ineludible para futuras investigaciones. Los criterios a los que recurre son: 1) el número de partidos "importantes", que resulta en los sistemas de partido único, bipartidista y multipartidista; 2) la distancia ideológica, de tal forma que los sistemas multipartidistas se dividen en pluralismo polarizado y pluralismo moderado; 3) la existencia de un partido que "cuenta más" que los otros, dando lugar a los sistemas de partido predominante y de partido hegemónico, y 4) la naturaleza del régimen, es decir, que los sistemas de

partido único y de partido hegemónico son no competitivos, mientras que el resto lo son.

Por su parte, Panebianco estudia la estructura de poder interna de los partidos en tanto organizaciones. Afirma que: "El poder es un tipo de relación asimétrica pero recíproca, que se manifiesta en un intercambio desigual en el que un actor gana más que otro" (Panebianco, 1990: 64). El sesgo que adquieren las negociaciones entre los actores depende del grado de control que éstos tengan sobre las áreas de incertidumbre claves dentro del partido⁽¹⁾. Aunque los líderes controlan las zonas de incertidumbre cruciales, todo militante posee el control sobre alguna zona de incertidumbre, por mínima que sea (*ibid*, 65).

Panebianco distingue entre juegos de poder "horizontales" (entre líderes y seguidores) y juegos de poder "verticales" (entre líderes y líderes dentro del mismo partido). En los primeros, se intercambian incentivos organizativos referidos a los tipos de participación por parte de la militancia que permita un mandato lo más amplio posible. A mayor libertad de maniobra (poder) obtenida por el líder, mayor será su capacidad para mantener la estabilidad del orden organizativo y para resistir los ataques de sus adversarios internos de la élites minoritarias. La negociación en los juegos de poder "verticales" depende, entonces, de los resultados de las negociaciones en los juegos de poder horizontales (nótese el diferente uso de las categorías "horizontal" y "vertical" del modelo anteriormente presentado) (*ibid*, 65-67)

2 Otra aportación importante de Panebianco es el modelo que propone de los procesos que conducen a la institucionalización de los partidos. Así, distingue cuatro tipos de transformaciones:

- 1) De un sistema basado en la solidaridad (orientado a fines compartido por todos los miembros (pensar en la red inicial de nuestro modelo) a uno basado en los intereses y orientado a la supervivencia y a la mediación entre objetivos y demandas heterogéneos.
- 2) De una ideología manifiesta a una ideología latente, con lo que los incentivos pasan de ser predominantemente ideológicos a

⁽¹⁾Las zonas de incertidumbre son aquellas prestaciones vitales para la organización que, de no ser satisfechas, pondrían a la misma en una situación de incertidumbre. Las principales zonas de incertidumbre son: 1) La competencia. La posesión por un actor de un saber especializado que los demás perciben como indispensable. 2) Las relaciones con el entorno, dado el limitado control que tiene la organización sobre éste, del cual pueden surgir retos devastadores. 3) La comunicación. Capacidad para manipular la información. 4) Las reglas formales. La facultad para establecer, interpretar y hacer respetar o no las reglas. 5) El financiamiento. Los contactos de actores determinados con las fuentes externas de financiamiento. 6) El reclutamiento. Poder de decisión sobre quién puede o no formar parte de la organización y quién, cumpliendo con qué requisitos, hará carrera en determinadas ramas de ésta (Panebianco, 1990: 83-88, basándose, con modificaciones mínimas, en M. Crozier y E. Friedberg, *El actor y el sistema*)-

predominantemente materiales; (ver de nuevo lo que ha sucedido en Chile). 3) De una estrategia de predominio sobre el medio ambiente a una estrategia de adaptación a éste. 4) De una fase de máxima libertad de acción de los líderes a otra en la que ésta se restringe al máximo (ibid, 309-310).

Si nos centramos en el caso de Chile, del estudio que sigue se desprende que los partidos políticos chilenos de los años 90 están experimentando las cuatro transformaciones de las que habla Panebianco. No queda claro aún si este proceso conducirá inevitablemente a la institucionalización de los partidos o a una crisis y eventual decadencia, debido a que la transformación representa una socavación de las propuestas valóricas que llevaron a la constitución del partido, y por último, la aparición de una contradicción entre el *we-ness* distintivo del partido y su acción política "institucionalizada".

En lo que se refiere a América Latina, Mainwaring y Scully (1995) recopilan un volumen compuesto de artículos que tratan, todos ellos, del tema de la institucionalización de los sistemas de partidos en los diferentes países. En la introducción rescatan la centralidad de los partidos políticos en el proceso político y su función como principal vía de acceso al poder. Esta relevancia estaría fundada en el papel de los partidos como punto de referencia simbólico, al cual recurren los ciudadanos para orientar su participación con costos de tiempo e información mínimos, y a las élites partidarias para ganarse las preferencias del electorado.

Por institucionalización los autores entienden el proceso mediante el cual una práctica social u organización lega a establecerse y ser reconocida, si es que no universalmente aceptada. En sistemas institucionalizados, los actores sociales desarrollan expectativas, orientaciones y comportamientos basándose en la premisa de que esta práctica social u organización prevalecerá en el futuro. Citando a Huntington, la institucionalización es el proceso por el cual organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad.

Un sistema de partidos se institucionaliza en la medida en que 1) las reglas y naturaleza de la competencia entre partidos son estables; 2) los partidos más importantes tienen raíces firmes en la sociedad; 3) los actores principales dan legitimidad al proceso electoral y los partidos, aceptando que son determinantes para el acceso al poder, y 4) los partidos adquieren valor por sí mismos y un estatus independiente y autónomo frente a los líderes y otras organizaciones. De acuerdo con estos criterios, los países latinoamericanos son

clasificados según el grado de institucionalización de sus sistemas de partidos, en: sistemas de partidos institucionalizados (Chile sería uno de ellos), sistemas de partidos embrionarios o de institucionalizados débil y como categoría residual sistemas de partido hegemónico en transición (como México).

En un sistema institucionalizado, los partidos participan en la estructuración del proceso político y su acción está orientada a la obtención del poder valiéndose de medio pacíficos y democráticos. Al contar los ciudadanos con información para evaluar a los candidatos y sus partidos se posibilita la responsabilidad de los gobernantes frente a los gobernados (*accountability*), legitimando al sistema y facilitando la gobernabilidad mediante formas de manejar el conflicto que no minen la autoridad (Mainwaring y Scully, 1995: 24-25).

En estos autores y en trabajos de sus seguidores podemos apreciar que los temas claves en relación con los estudios de partidos políticos se centran en la estructura del sistema y en la organización interna de los partidos. Recientemente, se ha llamado la atención a la importancia que tienen los elementos culturales para una mayor comprensión de la naturaleza de los partidos y del sistema político en general. Por ejemplo, el antropólogo mexicano Jorge Alonso define la cultura política como "los sentimientos, creencias, valoraciones que dan significado a lo político. De alguna manera se refiere a diversos *ethos* en torno a las relaciones con el poder" (Alonso, 1996: 193). Los partidos, continúa el autor, no abarcan todo lo que es la cultura política, "pero marcan su concreción" (*ibid*). Con respecto a la cultura política de los partidos, Alonso señala la tensión entre la imagen que los partidos políticos presentan hacia fuera y la que presentan hacia adentro. Esta tensión se expresa en la diferencia entre las discusiones reales y las aparentes y en la contradicción entre el programa del partido y su comportamiento pragmático. El partido delimita su cultura política y la distingue a otros al fijar los objetivos y al definir y ubicar a sus adversarios. El carácter ideológico del partido, por su lado, es definido por la interacción entre teorizaciones y prácticas. Las elaboraciones inteligibles, a su vez, producen sentimientos, participando así, simultáneamente, racionalidad y pasiones (*ibid*, 191-194). Asimismo, los partidos contienen elementos transformadores que son transmitidos hacia la sociedad: "en las luchas interpartidistas e intrapartidistas, se desarrollan hábitos, modos de vida, estilos burocráticos que fijan la relación entre gobernantes y gobernados" (*ibid*, 194). Al profundizar el estudio de la cultura política chilena

siguiendo el modelo descrito al inicio, el tema de los partidos políticos que la componen tomó relevancia. Como lo expresa Garretón (1993: 224), la cultura política consistiría en la relación que se da entre Estado, sistema político-partidario y sociedad. Al mismo tiempo afirma que los temas del sentido, lenguaje, formas de convivencia, comunicación y creatividad (es decir la cultura) resultan indispensables para comprender la cultura política, incluyendo el sistema político-partidario.

En conclusión, si bien en la última década ha comenzado a introducirse el tema de la cultura de los partidos políticos, han sido escasos (si es que no nulos) los estudios que profundicen en el tema a través de un estudio etnográfico de campo.

Bibliografía

Almond, Gabriel

1990: "The Study of Political Culture", en G. Almond (ed.), *A Discipline Divided*, Londres.

Almond, Gabriel y Sidney Verba

1963: *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press.

Alonso, Jorge

1996: "Cultura Política y Partidos en México", en Esteban Krotz (coord), *El Estudio de la Cultura Política en México (perspectivas disciplinarias y actores políticos)*, México, CNCA/ CIESAS.

Blau, Peter

1964: *Exchange and Social Power in Social Life*, N.Y., John Wiley and sons.

Edwards, Alberto y Eduardo Frei

1949: *Historia de los Partidos Políticos Chilenos*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.

Garretón, Manuel A.

1993: "Cultura política y Política Cultural", en Manuel Antonio Garretón, Saúl Sosnowski y Bernardo Subercaseaux, *Cultura, Autoritarismo y Redemocratización en Chile*, Santiago de Chile, Fondo de la Cultura Económica.

Lomnitz, Larissa

1971: "Reciprocity of Favours in the Chilean Middle Class", en *Studies in Economic Anthropology*, compilado por Gweorge Dalton, Washington, AAA.

Lomnitz Adler, Larissa

1975: *Cómo Sobreviven los Marginados*, México, Siglo XXI.

Lomnitz Adler, Larissa y Marisol Pérez-Lizaur

1987: *A Mexican Elite Family*, Princeton University Press.

Lomnitz Adler Larissa y Leticia Meyer

1988: *La Nueva Clase*, México, UNAM.

Lomnitz Adler, Larissa y Ana Melnick

1991: *Chile's Middle Class*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Pub.

Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully

1995: "Introduction. Party Systems in Latin América", en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *Building Democratic*

Institutions. Party System in Latin America, Stanford, Stanford University Press, pp. 1-34.

Moulian, Tomás e Isabel Torres Dujicin

1990: *Discusión entre Honorables*, Santiago de Chile, Flacso. Panebianco, Angelo

1990: *Modelos de Partido*, México, Alianza Editorial.

Polanyi, Karl

1957: *Trade Market and Early Empires*, N.Y., Free Press.

Radcliff-Brown, A.R.

1952: *Structure and Function in Primitive Society*, Londres, Cohen and West.

Sartori, Giovanni

1980: *Partidos y Sistemas de Partidos. Marco para un Análisis*, Madrid, Alianza Editorial.

Scully, Timothy R.

1995: "Reconstituting Party Politics in Chile", en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.

Valenzuela, Arturo

1977: *Political Brokers in Chile: Local government in a Centralized Polity*, Durham, N.C., Duke University Press.

Vial Correa, Gonzalo

1981: *Historia de Chile (1981-1973)*, Santiago de Chile, Editorial Santillana, vols. I,II,III.